

Heberto Padilla

El hombre junto al mar

Seix Barral  Biblioteca Breve



HEBERTO PADILLA nació en Pinar del Río, Cuba, el 20 de enero de 1932. En La Habana cursó estudios de Derecho y Filosofía. En 1948 publicó su primer libro de poemas, *Las rosas audaces*. Al triunfar la Revolución Cubana fue nombrado corresponsal en Nueva York, donde residía entonces, de la agencia periodística Prensa Latina, pero varios meses después se trasladó a Cuba para formar parte del periódico *Revolución*, dirigido por Carlos Franqui, y fue director del Departamento de Servicios Especiales de Prensa Latina. En 1960 el suplemento literario *Lunes de Revolución* publicó los primeros capítulos de su novela *Buscavidas*, y la Casa de las Américas le otorga un premio de honor por su libro *El justo tiempo humano*. Fue fundador de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, dirigente de su Sección de Literatura e integrante del Consejo de Dirección de la revista *Unión*, así como Director Internacional del Consejo Nacional de Cultura. En 1962 fue enviado como corresponsal de Prensa Latina y *Revolución* a la Unión Soviética. A su regreso, en 1964, fue director general de la empresa cultural Cubartimpex y miembro del Consejo de Dirección del Ministerio de Comercio Exterior de Cuba, cuya representación ostentó en los países escandinavos y socialistas hasta el año 1966, en que regresó a Cuba para convertirse en centro de una polémica ideológica en las páginas de *Juventud Rebelde*, periódico de la Unión de Jóvenes Comunistas, donde debatió problemas políticos y culturales que suscitaron fuertes ataques contra Padilla, sobre todo de la revista *Verde Olivo*, órgano oficial de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Cuba, que le dedicó un ataque titulado "Las provocaciones de Heberto Padilla". No obstante, ese mismo año obtuvo el Premio Nacional de Poesía de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba con su libro *Fuera del juego*. A pesar de las presiones y ataques desatados por la dirección de la Unión de Escritores, un jurado compuesto entre otros por José Lezama Lima, Jack M. Cohen, hispanista británico, y José Z. Tallet, le otorgó unánimemente el galardón. La polémica en torno al libro no impidió su publicación, con una nota de protesta de la Unión de Escritores y otra de defensa

(Continúa en la solapa posterior)

HEBERTO PADILLA

EL HOMBRE
JUNTO AL MAR



BIBLIOTECA BREVE
EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A.
BARCELONA - CARACAS - MÉXICO

LO MEJOR ES CANTAR DESDE AHORA

Lo mejor es que empiece a cantar
desde ahora
la alegría de los sueños cumplidos
y me olvide del mundo de mis antepasados.
Ellos a la ceniza. Yo a la vida.
Siempre anduve entre nieblas como un idiota.
No pudo ser de otra manera.
No es posible que en un pecho de hombre
quepa tanta maldad.
Mañana limpiaré la trastienda
y saldré a la calle
y al doblar una esquina
cualquiera podrá verme lanzar los objetos
que elaboré en las noches
con mis uñas de gato.
Mi orgullo será ver a las viejas
orinarse de risa
cuando vean tremolar mi chaleco de feria;
mi alegría que los niños destrocen
mi careta y mi barba.

Porque nadie dedicó más vehemencia
—en el peor instante—
a ensayar este paso de atleta,
este nuevo redoble de tambor.
Los himnos y los trenos
pertenecen al tiempo de los cadáveres esbeltos
con su hilillo de sangre entre los labios
y el desgarrón de lanza, dignos de la elegía.
Entonces el poeta era la plañidera
que se esforzaba por conmover las multitudes.
Pero hoy heredamos este muñón sin dueño,
este ojo abierto en la escudilla.
Y hay que exaltar la vida, sin embargo,
apartar la basura,
y cantar la alegría de los sueños cumplidos,
pero con buena música de fondo;
de violín, si es posible, que es el instrumento
adecuado: agudo, recto como un arma.

CANCIÓN DEL JUGLAR

*General, dein Tank ist ein
starker Wagon.*

BRECHT

General, hay un combate
entre sus órdenes y mis canciones.
Persiste a todas horas:
noche, día.
No conoce el cansancio ni el sueño.
Un combate que lleva muchos años,
tantos, que mis ojos no han visto nunca un amanecer
en donde no estuvieran usted, sus órdenes, sus
armas, su trinchera.
Un combate lujoso
en donde, estéticamente hablando, se equiparan
mi harapo y su guerrera.
Un combate teatral.
Le haría falta un brillante escenario
donde los comediantes pudieran llegar de todas
partes
haciendo mucho ruido como en las ferias
y exhibiendo cada uno su lealtad y su coraje.
General, yo no puedo destruir sus flotas ni sus
tanques

ni sé qué tiempo durará esta guerra;
pero cada noche alguna de sus órdenes muere
sin ser cumplida
y queda invicta alguna de mis canciones.

A PABLO ARMANDO FERNÁNDEZ

Pablo, cuando me muera,
tú que puedes dialogar con la muerte en su
lengua (cosa que ya se sabe)
contemplantas mis cartas, fotos, poemas,
y todavía insistirás
—como lo has hecho siempre—
por encima de mi hombro:
“¿No te parece que tuviste todas las pruebas
y las lealtades?”
y observarás de reojo los viejos zapatones
que destrocé de tanto andar.
Tú llevarás *la flor que el tiempo no elabora,*
que la muerte no toca.
Yo un sombrero
de fieltro, de muerto,
y la estameña
que me proclame hijo también del aire, de la
llama del fuego,
porque tú eres el padre.
Amigo de los años mejores y de los más difíciles.

Sé que harás tu trabajo sencillo (pero enorme).
 Me salvarás
 porque tú tienes
 las siete llaves de las siete puertas,
 los siete rayos fijos que impulsan la palabra,
 las siete niñas que abren
 de par en par la cábala
 y siete burras dóciles
 que paren en cuanto se lo ordenas,
 hasta en el mismo instante de sus fornicaciones.
 Las casas que hoy pretenden
 oponerse a tu paso
 vendrán a ti para que las rehagas,
 porque no existe magia que se niegue a tu mano
 y cada lengua nuestra aprendió de la tuya.
 Si después de mi muerte lo desearan
 sólo tú les podrías descifrar
 una a una mis claves.

Los versos aquí subrayados pertenecen a Pablo Armando Fernández.

AUTORRETRATO DEL OTRO

¿Son estremecimientos, náuseas,
 efusiones,
 o más bien esas ganas
 que a veces tiene el hombre de gritar?
 No lo sé. Vuelvo a escena.
 Camino hacia los reflectores
 como ayer,
 más veloz que una ardilla,
 con mi baba de niño
 y una banda tricolor en el pecho,
 protestón e irascible
 entre los colegiales.

Es que por fin
 lograron encerrarme
 en el jardín barroco que tanto odié
 y este brillo de ópalo
 en los ojos
 me hace irreconocible.
 El gladiador enano (de bronce)

que he puesto encima de la mesa
—un héroe cejijunto y habilísimo
con su arma corta y blanca—
y su perra enconada,
son ahora mis únicos compinches.
Pero cuando aparezca
mi tropa de juglares
limaremos las rejas
y saldré.
¡Puertas son las que sobran!

Bajo la luna plástica
¿me he vuelto un papagayo
o un payaso de náilon
que enreda y trueca las consignas?
¿O no es cierto?
¿Es una pesadilla
que yo mismo pudiera destruir?
¿Abrir
de repente los ojos
y rodar por el sueño como un tonel
y el mundo ya mezclado con mis fermentaciones?
¿O serán estas ganas
que a veces tiene el hombre de gritar?
Las Derechas me alaban
(ya me difamarán).
Las Izquierdas me han hecho célebre
(¿no han empezado a alimentar sus dudas?).

Pero de todas formas
advierto que vivo entre las calles.
Voy sin gafas ahumadas.
Y no llevo bombas de tiempo en los bolsillos
ni una oreja peluda —de oso—.
Ábranme paso ya
sin saludarme, por favor.
Sin hablarme.
Échense a un lado si me ven.

LA BELLA DURMIENTE

Nos va a costar trabajo despertarla, tan sumida
en su sueño
por donde llegan príncipes de las adolescentes,
acorralados
por las luces de tránsito
y la capa chispeante
como el ojo engrasado de los ferroviarios.
Inútil que hagas sonar el claxon junto a la
enredadera
de la ventana. No va a asomarse.
Gritar con las dos manos en forma de bocina no
basta
para que por lo menos mueva el párpado sonrosado.
Ahora seguramente resbala por el sueño.
De niña se dormía por encima del ruido de los alto-
parlantes,
frente a las luces de los anuncios de neón.
Nos va a costar trabajo despertarla
porque está acostumbrada a los estruendos.

Cuanto más ruido más vive en su interior, más
acaricia

la sortija, alelada.

Trabajo va a costarnos, vuelta como ahora está
hacia los traspacios de la niñez

donde un montón de brujas le tiran de las
trenzas.

¿Quiénes somos nosotros para venir a despertarla?

A OCTAVIO PAZ

Cada vez
que Imaginación se convertía
en palabra prohibida
por los verdugos de la Invención y la Sorpresa,
llegabas tú y lanzabas tu granada de mano,
tu poesía:
urraca que combate
hasta el último ardor y el último color
como los arcoiris;
incendio en que arde todo sin quemarse,
salamandra que horada las paredes,
ánima viva entre las sensaciones,
flor no pensada,
no vista: oída.
El poema no acababa ni empezaba en los muros
ni en los golpes de pecho
de la novela rosa política o moral.

El tribunal condena lo que escribo

El tribunal condena lo que callo

La astuta y vieja lógica

“abandone esas cosas y póngase a pensar”

teje y desteje su madeja

Borra lo que escribes

te olfatea

Escribe lo que borras

te sigue:

El har y el envés del español artrítico

Pero tú continuas en el balcón
dorándote bajo el sol de los símbolos
y de tus lámparas fluorescentes.

Se utilizan aquí distintos versos de Octavio Paz.

LAMENTACIÓN

Ah, mi viejo Numa Pompilio,
si yo hubiera tenido aquella ninfa
que te inspiraba en tus resoluciones,
la dríada morena de los labios risueños
que extraía tus triunfos de su bosque.
Si yo hubiera tenido ondinas y nereidas
que pulieran estos ojos miopes
con sus metamorfosis.
Pero sólo dispuse de un Consejero inculto
que alentaba envidioso mis prevaricaciones.

NOTA

Para los cazadores de lo maravilloso tengo muy
pocas cosas
que dar. Yo no poseo magias. No envidio a los que
tienen
una magia.
Tampoco me interesan los cristales cifrados
donde se transparenta el himno sucesivo que me
plagian o
plagio.
Me queda ese Brancusi de la pared manchada,
palabras que acuden cuando hablo,
neutras y desprovistas de ilusión.
Centellean no porque yo las pula con trapos de
metal,
las encuentro a la diablo, entre las calles,
tontas alegres como niños.

LA PROMESA

Hace tiempo te había prometido muchos
poemas de amor y —ya ves— no podía escribirlos.
Tú estabas junto a mí
y es imposible escribir sobre lo que se tiene.
Lo que se tiene siempre es poesía.
Pero ya han comenzado a unírnos cosas
definitivas: hemos vivido la misma soledad
en cuartos separados
—sin saber nada el uno del otro—,
tratando —cada uno en su sitio— de recordar
cómo eran los gestos de nuestras caras
que de pronto se juntan con aquellas
que ya creíamos perdidas, desdibujadas,
de los primeros años.
Yo recordaba los golpes en la puerta
y tu voz alarmada
y tú mis ojos neutros,
soñolientos aún.
Durante mucho tiempo me preguntabas
qué cosa era la Historia.

Yo fracasaba, te daba definiciones
imprecisas.

Nunca me atreví a darte un ejemplo mayor.

ENTRE MARZO Y ABRIL
ESTÁ MI MES MÁS CRUEL

Entre marzo y abril está mi mes más cruel
Apretado a tus brazos
ascua feliz
 el más tierno y salvaje
te dije:
 éstos tienen que ser los brazos del amor
Puse tus ojos y tus labios abiertos
 debajo de los míos
y caímos cantando en el sofá
fue la última vez en que pudimos amar
 sin sobresaltos.
y en vez de libros
 flores
y un hechizo calcáreo en la pared
 con manchas
y la espuma de los muebles de mimbre
 orlando tu aureola
abriendo abanicos de fuego
lanzallamas
y un cielo

y una constelación que se agigantan
muslos y vulvas inmortales
y mi oído en tu vientre
 donde te late un nuevo corazón
y en tu entraña
 ahora estás embarazada
en la abertura exigua de cada poro
el eterno deseo
la única escritura digna de nuestros nombres
y el retrato de Marx
junto al de nuestros padres
 implorando
que arranquemos del mundo la tristeza
Nos alzamos
 nos vestimos
le arrancamos al mundo la tristeza
 sonreímos
te sentaste a mi lado
 me miraste
y yo
 el escueto y lógico
te grité
 fuego mío, bruñido por la vida
 laurel invulnerable
 tacto
 jadeo
 gozo
Algo de eso te dije o te grité

con el horror de que pudieran acabarse
 de pronto las palabras
 Y continuábamos desnudos
 cuerpos
 debajo de un pantalón
 de un vestido de lana
 todo temblor
 desnudos
Nadie que no seas tú
 podría plegarse a la modulación urgente de mis días
 te dije
 en realidad quería susurrarte *mis años*
 pero eso te alegró
 y te dormiste
 protegida
 confiada
 los libros
 y la ropa
 por el suelo
Cuando duermes parece que te ahogas o sufres
 Me das miedo
 Ése era yo
 tú describiéndome
 asustada con mi respiración
 De modo que esperé a que durmieras
 mucho rato
 para que nada pudiera despertarte
 nunca nada ni nadie

animales del siglo
 enlazados desnudos
 y el mundo entre los dos
 ¿o una cara del mundo?
 ¿Pero cuál?
 Luego fueron zapatos burdos
 apresurados
 no en la yerba
 en el suelo
 en la penumbra
 en el amanecer
 yo vistiéndome adormilado
 oyendo
 no tu respiración
 sino la orden
 la más humana
 desvistiéndome luego en otro sitio
 audible de las voces
 vuelto a vestir
 con una tela del color de la tierra
 un efecto sencillo en una sinfonía
 Adelante camina
 la más humana
 de las voces
 Golpetazos
 aullidos
 Yo subiendo
 bajando escaleras

del color de la tela

Puertas

abriéndose

cerrándose

entre marzo y abril

un golpe de metal sobre metal

una cara del mundo.

¿Pero cuál?

Un mes oculto entre otros dos

¿el más cruel? ¿el más fiel?

Y la pared garabateada a punta de cucharas

nombres

fechas

despedidas

pedazos de oraciones

La litera es también color tierra como la tela

El techo y la letrina son también muy oscuros

del color de la tela.

VIA CONDOTTI

Aquí

donde Blasfemia y Oración
negocian

como el chulo y la prostituta,
yo

—que pensé comprarme
gafas ahumadas para el verano—
tendré que conseguir

uno de esos triciclos de colores
que abundan en las ferias
para pasar delante de las nuevas beatas
impaciente

y desnudo

como un cristo veloz.

EN VERANO

En verano
El sol entra por las puertas abiertas
El flamboyán mugriento
Sin color
Corre a mis manos
Y yo le tiño el verde
El arbol
Y lo circundo del mejor diseño
Es cuando a plena luz
Se aparecen mis múltiples antepasados
Que vienen a instalarse en torno a mí
Como reproducciones hechas del natural.
Son los que velan mi sueño en la cama de roble
Los que tienen la sencilla costumbre
De despertarme a la primera luz del alba
Los que funden las turbinas hostiles
Los que logran mantenernos de pie
Los partidarios de la poesía

EL HOMBRE JUNTO AL MAR

Hay un hombre tirado junto al mar
Pero no pienses que voy a describirlo como a un
ahogado
Un pobre hombre que se muere en la orilla
Aunque lo hayan arrastrado las olas
Aunque no sea más que una frágil trama que respira
Unos ojos
Unas manos que buscan
Certidumbres
A tientas
Aunque ya no le sirva de nada
Gritar o quedar mudo
Y la ola más débil
Lo pueda destruir y hundir en su elemento
Yo sé que él está vivo
A todo lo ancho y largo de su cuerpo

PERO EL AMOR

Sea la muerte de capa negra
y su aureola de un amarillo intenso
y tenga las costumbres que a ella le dé la gana;
pero el amor que sea
como se practica en los trópicos:
cuerpos en pugna con la tenacidad del mediodía,
espaldas aplastando la yerba calcinada
donde el verano esconde sus pezuñas de pájaro,
y humedades mordidas,
impacientes,
y el rasguño en cal viva
bajo el chorro solar.

EL QUE REGRESA A LAS REGIONES CLARAS

Ya dije adiós a las casas brumosas
colocadas al borde de los desfiladeros
como el montón de heno en la pintura flamenca,
y adiós también a las mujeres
que más de una vez me conmovieron
—sobre todo aquéllas de ojos color de malaquita—,
y los trineos quedaron colgando como gárgolas
inservibles en las ventanas que desde ayer
están cerradas.
Porque el sol me ha curado.
No vivo del recuerdo de ninguna mujer,
ni hay países que puedan vivir en mi memoria
con más intensidad que este cuerpo que reposa a mi
lado.

El sitio —además— donde mejor
puede permanecer un hombre
es en su patio, en su casa,
sin gentes melancólicas que acechen en los muelles
la carne atroz de las pesadillas.
Un nuevo día entra por la ventana

—estallante, de trópico—.

El espejo del cuarto multiplica su resplandor.

Yo estoy desnudo al lado de mi mujer desnuda,
encerrados en esta luz de acuario;

pero éste que huye a través del espejo,
con bufanda y abrigo,
escaleras abajo;

el que saluda a toda prisa a la portera
y entra en un comedor atiborrado
y se sienta a observar

la fachada de una estación de trenes

que el invierno devora

con su lluvia podrida como un estercolero,

es mi último espejismo

que ya ha curado el sol,

el último síntoma de aquella enfermedad,
afortunadamente transitoria.

CANCIÓN DE ANIVERSARIO

Con una maletica de mimbre entre las manos,
ansiosa, conmovida, adolescente aún,

yo te encontré mirando con terror
la rosa inútil de los vientos.

Yo te encontré buscando amor.

Te encontré a la deriva.

Nos agarramos.

Me fuiste diluyendo en la juventud.

Me hiciste el enemigo de la pereza y de los
sarcasmos.

Me enamoraste del sortilegio de tus aleluyas.

Y hemos intercambiado

todo cuanto teníamos:

fragmentos que buscaban la unidad de un diseño
grande como tus ojos,
bello como tus ojos.

SU SITIO

Ésa es la puerta por donde entró por vez primera
(jambas del cerco, blancas; cuarterones azules)
En esta casa ella amanece cada día.
Es en aquel rincón donde se viste y se desviste
(aún conserva ciertos hábitos púdicos),
pero mis ojos han visto tanto su desnudez
que la noche o la sombra son superfluas.
En esa percha cuelga su vestido,
frecuentemente alegre, a veces triste, fatigada
del peso antiguo del misterio de la mujer.
Esta es la almohada donde reclina la cabeza,
su mechón de luz negra y desordenada.
En ese espejo se contempla, desliza ella sus manos;
se da vueltas como si el viento le arrancara
de los instantes rudos de la existencia.
Este es, en fin, el escenario donde ella se agiganta,
el sitio de sus hechizos y sus transformaciones.
Ella es mi único enigma, el único tesoro, dolientes
míos
pálidos deudos y tutores.

LA VIDA CONTIGO

Te levantas
y el día se levanta contigo
Se levanta todo lo que quedó
lo que salvó la noche
Y te mueves a tientas
parece que te unieras al mundo con cautela
como si hubiese que reaprenderlo todo
Y sin embargo
todo viene hacia ti
soy yo el que forcejea
el que pierde pie
el que cae al fondo
buscándote
No sé si eres la misma
que hace sólo un instante ha dormido conmigo
o ésa que nunca duerme:
muslos que fluyen
ojos que se apresuran
o aire tal vez
la masa transparente
la gran fiesta del pájaro

DÍA TRAS DÍA

Cada noche me libras
de la corona turbia
que amenaza las horas de mi felicidad
y llegas en puntillas lentamente
y me arrancas los ojos de humanista
susceptibles al sueño
de modo que la muerte no puede seducirme
Definitivamente soy tu modelo azul
temblando en cualquier agua en que tú me sumerjes
La flor monumental para el salón de té
de las embajadoras que ignoran nuestros nombres

A BELKIS, CUANDO PINTA

Cuando pinta inclina la cabeza
siempre hacia el mismo lado
para que los colores alcancen —dice ella—
las texturas más alegres y fieles.
Pero no sabe que yo la observo y la transfiguro.
Su pelo es largo y lacio y yo lo trenzo a mi manera,
es negro y lo enrojeczo hasta que arda como una
quemadura,
y alzo sus manos del dibujo
y hago que participen de las llamas.
Me gusta imaginarla en todas partes,
ubicua y fantasmal
para que ocupe todo el mapa convulso de mis
poemas.
Por ejemplo:
vestida con un suéter de Cachemira.
Por ejemplo:
desnuda al borde de una playa amarilla
como el telar crujiente de Van Gogh.
Por ejemplo:

en canoa, buscando la magnolia de

Isolda

para las fiestas de nuestra boda.

Por ejemplo:

cantando

ella y la soledad

ella y la araña del techo, ella y el cortinaje

florido de su pelo;

alegre y despeinada

como una reina ociosa, en verde, en rojo, en malva

junto a mí, en su rincón oscuro de palmista,

con mi mano en su mano,

descifrando acertijos de bronce contra los malhe-
chores.

Ella por todas partes

con su cabeza negra ardiendo entre los humos

en la punta de mi pipa de coralina.

Los versos subrayados aquí pertenecen a Belkis Cuza Malé.

MADRIGAL

El sol ha cedido en la sombra
el mar encrespa de repente sus olas

Menea los manglares

donde flotan cientos de garzas

largas como preocupaciones

Y tú sales del mar

llenas

todo el centro del mundo

igual que el mediodía

Centelleas

contra el toldo del bar

donde leo el periódico

intranquilo

donde bebo

donde busco la orilla

de este siglo

de estos tiempos de lucha

de hermosura

y de escarnio

AMÁNDONOS

Así es como ganamos plazas lugares al olvido
de modo que las cosas menudas que no proclaman
ni sustentan nada
llevan también tu nombre
y lo que hubiera podido aparecer gastado y descora-
zonador es abundancia
Así es como la gran noche nos junta
y el gran día te cubre de verde y persevera
Así es como la vida nos manda sus testigos
atentos a las horas de nuestra exaltación
Así es como la duda huye de nuestros ojos
vencida de carroña
Así es como este fuego nos arma de su ala dócil
sobrehumana
Así es como entras y sales y te instalas febril
al lado mío
hasta que aúlla toda la sal del cementerio
pues nada puede existir más inmortal
Así es como lo tibio de tu cuerpo es mi bandera
es mi bandera es mi bandera

QUE SIEMPRE EXISTA TU CABEZA

Que siempre exista tu cabeza
a poca altura de la mía
Una ciudad soltando pájaros
bodas
en fin
gaviotas en la espuma
Que haya un tonel de vino negro
como tus ojos
y naves altas y limpias
como la noche
Y tú en medio de todo
juntando lo inconexo.

UN PUENTE, UNA CASA DE PIEDRA

Un puente, una casa de piedra,
una capilla con la veleta encima,
y el gozne de la puerta que chirría
y un camino de flores
y a lo lejos un río.

¿Se puede describir el mundo de esta manera:
los párpados abiertos, los zapatos en alto
con su aureola turbia como la de un farol,
y la cara muda, distante y exigente
clavándonos los ojos,
buscando en nuestra entraña
al fanfarrón cobarde con sus alegorías?
Es posible.
Se puede describir el mundo de cualquier modo.
Se puede deslizar una última imprecisión
—como quien dice—
nuestra última moneda,
y volver otra vez hacia aquel río
que está en la infancia como en la vejez.

Cruzar el puente
entre esas cañabravas que crujen nuevamente
como un puente en el río.
De modo que ese gozne
en que uno ha girado desde niño, con el tiempo
se torna invulnerable.
La casa y el camino de flores
y la capilla entonces nos pertenecen
o les pertenecemos.

Es igual.

PAISAJE CON UN HOMBRE Y UN PERRO

Al final de este patio donde se alzan algunos
limoneros
de troncos resinosos y enfermos, con su ruta
cenicienta
de hormigas, hay un portón muy frágil, una especie
de viejo garabato
hecho de espumas tan precarias como la nieve del
almendro;
hay un banco donde nadie se sienta —lo cubre una
costra
antiquísima de excrementos de pájaros—,
hay un hermoso flamboyán de flores
mudas, pero tan deslumbrantes que infunden al
paisaje
la evidencia de un eco.
Debe ser por el tinte lívido que en verano dejan
siempre
los aguaceros;
las hojas resplandecen con la humedad, los árboles

están como indefensos: los envuelve una suave
neblina,
no hay insectos volando entre las ramas,
parece que no existieran mariposas.
No existe nada rudo en la distancia que pueda
confundirse con la muerte o el tiempo.
Entonces el perro entra en escena, lentamente, y
orina;
pero no husmea en los troncos sino que salta más
bien,
residuo limpio, orgulloso del paisaje.
El dueño, el hombre, no observa sino el charco, la
gran
charca que se extiende inmutable a sus pies,
de modo que puede ver en ella
el brillo cambiante o firme de sus ojos.
¿De dónde le vendrá —pienso al verlo—
su porte de viejo soñador,
aterradoramente tímido y, ¡qué extraño!, arrogante?

HERENCIAS

Yo no sé si los viejos regresarán un día por el sitio
en que uno los perdió cuando niño.

Yo no creo que sea éste el destino de un muerto;
mucho

menos de viejos cogidos por la fatiga
de nietos y de hijos. Aun cuando lo desearan
no les sería posible regresar.

Los muertos tienen que ser perseverantes jóvenes
deseosos de conquistar de nuevo
el gusto de la tierra y quitarse de encima
el peso de las enfermedades que los matan.

—Los muertos son suspiros y calandrias
que cantan, hijo mío, me decía mi abuela
cuando aún tenía su pedazo de tiempo para ella
y hasta se dedicaba a consolarme.

Los muertos más antiguos se ocupan en cavar.

Van hacia abajo. Pesan.

No logran flotar como los jóvenes.

Hunden el suelo donde pudieron
enterrarlos, y si fueron juntados y metidos
en cajas de madera, muertos, en fin,
de guerra, sacados de la tumba obscena de los
combates,

ya no hay invocación que los despierte.
No existe el medio de conversar con ellos o verlos
regresar como en los tiempos en que aún no
habíamos

salido de la infancia.

Están mejor así —yo pienso— hundidos.

Así nunca tendrán memoria, nunca tendrán
nostalgias,
remordimientos como nosotros.

CASAS

Nunca puedo evitar que en las horas menos pensadas
reaparezca una casa donde viví de niño.

Algunas —recuerdo— no eran feas, pero no las
amaba.

Yo quería construir un galpón de madera,
un corredor de ocuje
de entresuelos enormes
donde enterrar mis flechas, mis piedras,
mis tesoros.

Todo el tiempo mudándonos de casas.

(En la infancia y después)

¿Y qué gané con ello?

Nada. Las retuve unos años y las volví
a perder.

Pórticos, escaleras, muros,
cuchillas herrumbrosas,
fotos de cumpleaños y bautizos
saltan en mi memoria
igual que un ras de mar y me dejan grietas de sal
como las olas.

Casas naufragadas, perdidas.

Castor, mi perro de aguas,

aúlla constantemente en sus rincones.

EL HALLAZGO

Salí del cuarto esta mañana
—el calor me hostigaba—,
y salí convencido de poder reanimarme
con el aire exterior;
pero al abrir la puerta
encontré tumbado a uno de mis abuelos,
indefenso y desnudo
bajo la bóveda celeste
en tanto que un enorme auditorio
se divertía con su facha de indiano,
de Gran Señor de Islas,
pobre, casi demente.

ÁLBUM PARA SER DESTRUIDO POR LOS INDIFERENTES

I

El fondo es de tierra rojiza, de pedregales ocre.
En la espesura verde se agranda el mediodía.
Es verano. Y hay montones de yerba sin quemar
a lo largo del campo rastrillado.
Un rabo sombrío —de nube— está robando agua
en la laguna.
Los patos y las garzas rebotan
contra la oscuridad.
Pero ésta no es —como pudiera imaginarse—
una fotografía hecha a distancia.
No es un grupo de gente disecada
en un papel que amarillea.
No estoy hojeando el viejo álbum de los poetas.
No es cuestión de ponerse a llorar.
Aquí nadie está inmóvil.
Los viejos y los jóvenes trabajan y sonríen
y a mí me gustaría correr
y anunciar que mi madre es aquella

que alza los brazos,
mueve la falda
y gira
mostrando el aro intacto de su cuello.

Atravesando el campo
ahí va mi abuelo, en mula.
Le chispean las espuelas de cobre, el pantalón
de dril, la guayabera,
el gran cuello invencible que resistió
y partió la sogá
con que una noche se quiso matar.
Ahí sigue todavía la casa en la colina
rodeada por la aralia,
y detrás la arboleda,
los palmares,
la barranca, y el río
que vadeaba en medio de la corriente
con mi pelo pajizo y requemado
por la canícula.
Las flores hierven en el portal, humean.
La casa cimbra
contra el aire de la arboleda,
y el jardín de mi abuela
late impaciente en su ceniza,
y alguien viene y lo riega.

II

La memoria debe ser como un lienzo cuarteado.
Todas aquellas caras son brochazos.

Mis ojos
se hunden en una luz grasienta, de óleo.
Mi abuela es la Gioconda
que sonríe acostada, al borde de la muerte,
y la fogata la hizo
El Ícaro de Brueghel al caer
mientras nos preparábamos para La Cena
de los Campesinos.
¿Los recuerdos son cuadros?
¿O uno quiere que sean como cuadros?
Y si lo fuesen
¿no serían más bien
lienzos abandonados entre la telaraña?
Pero mi madre es real
—sólo ella—,
metida en esa luz difícil, trabada
en líneas imborrables,
tendiendo los manteles
para una cena a la que nadie irá.

III

Porque muchos de ellos están muertos
y otros a punto de morir.

(Esa es la verdadera historia)

Sin embargo,

que vivan todos ellos
por el amor que me infundieron,
porque no me enseñaron la maldad.

Vivan

bajo los encinares de sus aldeas,
diciendo adiós a mis tatarabuelos.

Vivan

esperanzados y medrosos
en los puertos de Europa, a la hora de partir,
caminando bajo los pinos de mi provincia,
harapientos, alzando sus hogares,
encandilados por la luz de Cuba.

Que vivan

haciendo las hogueras de mi niñez
en medio de los campos roturados.

Que vivan

como la vida que los ha devorado
y me devorará,
como la vida que engendra y mata
y resucita
con la violencia de la eternidad.

HOMENAJE

mi abuelo aseguraba con vehemencia
(el viejo era español)
que haría parir sus parras de jerez
y tendría vino de uvas

lo recuerdo muy bien removiendo la tierra
limpiando el tronco a cualquier hora
el ojo acuoso y lánguido observando

era un iluso y los parrales
sin embargo crecieron
el viento los hacía respirar
como un pecho

pero la parra de jerez no paría

blancos y negros la abonaron
jamás los perros mearon en su tronco
mi abuelo parecía un puñetero conquistador
gritaba sus instrucciones

como desde la borda del santamaría
entonces la casa era una nave
una hoja nueva o una flor
eran como cuando aparece un pájaro

pero la parra de jerez no paría

yo he visto luchar a hombres
yo he visto cómo salta la chispa del pico en la
 cantera
sin taladrar la piedra
mi abuelo era ese pico
la parra era esa piedra

veinte años después
nada tiene de raro que un nieto rencoroso
escriba este homenaje no al abuelo
sino a la parra desobediente
que el terco viejo isleño no logró hacer parir

UN RESTAURANTE AL AIRE LIBRE EN EL OTOÑO DE BUDAPEST

Debe ser por un raptó de mi antigua indolencia
que me he puesto a pensar
en aquellas terrazas circulares
donde por un capricho del otoño de Hungría,
cenábamos temblando
en medio de los troncos renegridos
mientras el viejo mozo nos cubría
con las mantas de lana
y palabras amables, intraducibles, largas
como la música de un órgano
que atraviesa el verano
y trueca los temas casi obsesivos de mi poesía
—porque hace mucho tiempo que no hablo de
 países—,
pero este sitio de Budapest vuelve.
Unas mesas de troncos recurrentes
inundan las terrazas circulares,
y la bandeja oval atraviesa nuevamente el otoño,
el camarero alza su mano herida por las guerras,
una pierna de reno cae ante mí

como el brazo torcido de Van Velde,
como La Hyre, pintando a manotazos
La muerte de los niños de Bethel...

“Pero no te enamores de esos encuadres laterales
de adorador de hojas de otoño!” —grita mi amigo
de Cienfuegos—.

Bebe a sorbos tu vino. Pasa cantando por la vida.
Logra ser admirado
como un ser que cultiva la existencia más sana.
Enemigo obstinado de la soberbia,
de la misantropía, de la engañosa beatitud
y todos los desbordamientos equívocos o sobre-
naturales.

ÚLTIMA PRIMAVERA EN MOSCÚ

Mira esta primavera que ha llegado corriendo
y gira sobre las estaciones.
Mírala cómo llena las plazas de Moscú.
¿Qué haces tú, solitario, que no vas a alcanzarla?
Gruñón, ¿qué estás haciendo
bajo la capa turbia de las imprecaciones?

Mírala levantarse
en el botón reciente de la rosa,
energía del año, perfume entusiasta de los seres.
Con la pipa encendida del poeta,
tú recuerdas la hora siniestra del invierno
que hasta ayer aleteaba en tu hombro sin fuego.

Arden las casas en el aire nuevo.
Se vuelcan en el río los lastres del invierno.
La vida es el retoño que se abre lentamente
como se cierra una herida.

El abedul engendra su hoja ciega.
Están vibrando hasta los materiales
ocultos de los capullos,
contrarrestados por cada caminante sin edad.
Y el amor es el único elemento.
Con la súbita primavera los deseos despiertan
como los uros, muy silenciosos, muy sedientos.

POR LA BORDA

Por la borda
el veneno que la respiración acumulaba
a pesar del glorioso oficio de los pulmones
Por la borda
esos tiempos vividos
a la zaga del mundo
sin comprender
melancolías agarradas a las paredes
manchas de la obsesión
como cadalsos
Por la borda
el traje de bufón
que a nadie hizo reír
la vestimenta de corsario negro
los letreros
de mercader de ungüentos
para la sarna de los tristes
Por la borda
lo que gané sin merecer
los objetos robados
en la subasta de los encantadores

Por la borda
 la fama bien ganada
quiero decir la mala fama
Y dados
 naipes
 que se rindieron a mis pies
cuando debieron
 perecer en mis brazos
Por la borda el sueño torturado
la amargura
la costumbre de arquero y flecha y saltimbanqui
pero no la esperanza
 ni el amor a la vida
lo que impulsa
 a seguir adelante.

CANCIÓN DEL NAVEGANTE

Mi amuleto invisible por si hay trece a la mesa
Un barco gris y el gran océano
mi farol de luces amarillas y verdes por si hay niebla
 en la costa
Mi vejiga de buey contra la orina turbia de los
 presagios
Mi hacha de pedernal
Mi puente azul si las hordas regresan
Mi jabón hecho contra la espuma de los naufragios
Mi coral sonrosado mi pistola contra las rebeliones
Y mi bala de oro
Después a navegar.

FLOTAN LAS BOYAS

Flotan las boyas frente al mar abierto.
Los barcos las divisan;
El capitán no sólo las divisa—
las presiente
las oye
En medio del invierno
saltan las boyas en las olas más altas
y el mar no las sepulta
Así deben saltar la cabezas encrespadas de Homero
de Marcial de Catulo
de todos
los que siguen flotando insumergibles
en el mar de las islas
como estas boyas.

CANCIÓN DEL HIJO PRÓDIGO

Devuélveme el escándalo del sol
la puerta del colegio
Que arda al fin el verano
para mis ojos tercos

Anduve tanto
que ardor y nieve
asolan mi ojo de viajero
Mójenme ya los labios
con mi esponja de niño
Devuélvanme el crujido
de los árboles verdes
y el noble mar de siempre.

EL PÁJARO DE FUEGO

A Stravinski

En la penumbra como un ciego
que frunce torpe el entrecejo
me miras, pájaro de fuego.

Ningún cernícalo o canario
tiene tu facha de incendiario,
pájaro gris de campanario.

No te impacientes porque vea
tu pata larga que llamea
y en el cristal relampaguea,

que aunque te cubras de humareda
de barro negro o greda
tu ala siempre se enreda

en mi trampa, ¿entonces qué más
me da que cantes tus anatemas
si eres de fuego y no me quemas?

No me intimida tu graznido
aunque estés ahí subido
y yo medio dormido.

Pues nada tiene de profética
de extraña o de patética
tu figura esquelética.

Si del Demonio o Dios
al menos dime si os-
arás pactar conmigo o no.

LA ROSA, SUS ESPECTROS

(Rilke)

Encima está la rosa
y debajo la espina.
Cuando Rilke se inclina
para coger la rosa,
el pobre no adivina
que su espectro lo acosa
y transfigura,
porque toda hermosura
es esplendor y ruina.

PAUSA

Abro el periódico
las puertas
respiro
y conmigo respira este jardín
cerca del mar
y el árbol detrás de la ventana
se mueve
con el ritmo de mi respiración
El día de ayer
ya es ruina
y el espasmo de ayer:
piedras que tiemblan
ruinas.
Ahora duerme
a pierna suelta
el hombre rana
El espía desayuna contento
despreocupado
—todas las claves fueron descifradas—

en tanto que
el radar gira en la torre
parece que aletea
contra la superficie impávida del cielo

DON GUSTAVO

Ceñido por el zafari azul, de trópico, que oculta
torpemente la pistola,
cuando haya llevado hasta el avión a este hombre
con quien ha compartido diez años la tortura, la
impaciencia, la rabia, y también las ideas, que
tal vez fuesen la única recompensa de su acción,
tendrá que regresar a la oficina,
al reporte de los últimos diálogos
o la última extravagancia de un alto funcionario de
la Institución.

En estos casos
diez años constituyen una sustancia abominable,
pero también un nexo —piensa él—,
un intercambio, una unión.

EN LOS POEMAS

En los poemas que el poeta abre y cierra como si
construyera una trampa,
no sólo cabe la cuerda del suicida,
la confesión de amor, la clásica seriedad de los
lamentos,
la exaltación de la más alta flor en el más alto y hasta
perfecto tallo.
Hay también un paisaje, casi tallado al sol:
el de los bosques de Virginia.
Una mujer y un niño están al borde de un camino
(todo ocurre en verano),
la casa, detrás, es de ladrillo color rojo quemado,
leña seca en la puerta,
ningún mar a la vista,
ningún oso, sino la ardilla que observa la ventana
como un predicador,
la mariposa apretada a la flor,
desde luego,
chupándola.

A UNA PIEDAD

Rompió el jardín, la casa
y después los objetos, esos objetos que se acumulan
con los años.
Y estaba lívida
la cara de la mujer que lo sintió romper y deshacer
y bajar la escalera
y finalmente huir.
Ahora regresa a medianoche
para espiar el sueño de los otros.
Ya no lo pueden reconocer.
Ya no es el mismo de los retratos
y tiene la voz ronca,
incluso aúlla
y tiembla en el jardín,
muy antiguo, cubierto de hojarascas.

LUIS CERNUDA

Decía:

*Lo real para ti no es esa España obscena y deprimente
En la que regentea hoy la canalla,
sino esta España viva y siempre noble
Que Galdós en sus libros ha creado...*

De aquélla nos consuela y cura ésta.

Pero la España real, la otra (la de la tierra)
a todas horas lo perseguía
con el aullido insistente de su lengua. Y él:

¿Puede cambiarse eso? Poeta alguno

Su tradición escoge, ni su tierra,

Ni tampoco su lengua: él las sirve,

Fielmente si es posible...

Entonces, la solución ¿era esta muerte, en el exilio,
o era la tradición generosa de Cervantes,
heroica viviendo, heroica luchando,
o el combate incesante con su idioma

a toda carne, a toda lealtad?

Pero la poesía

se le hizo terriblemente arisca,

fue a esconderse en la patas de las mulas de España
como una Égloga.

Y a la hora feroz de la nostalgia
cuando (ya sabemos) Garcilaso aparece
con sus asaltadores de caminos,
hora de los recuentos, su hora de seducción y de
emboscada,

él (Cernuda) oía aquel sonido seco
como en el fondo de su alcancía la moneda de cobre.

*¿Volver —gritó— Vuelva el que tenga,
Tras largos años, tras un largo viaje,
Cansancio del camino y la codicia
De su tierra...*

Más, ¿tú? ¿Volver?

y dijo adiós de golpe a su querida,
que le nutrió la angustia y el sarcasmo,
la forjadora de consolación
que lo salvó en la hora inminente de los cadalsos,
que le otorgó el dominio estricto de su lenguaje.
Pero él, de todos modos, y hasta la tumba, adiós.

LA FÓRMULA

No es lo mismo
mirar el mundo desde una cumbre iluminada
que desde la caverna de Platón
donde un sólo relente de claridad
humedece los bordes insondables y oscuros.
Pero mi amigo Joseíto
—que es un hombre nutrido únicamente
de yerbas y tubérculos—
me propone su fórmula a los ochenta y nueve años:
mirar desde un pozo que no sea demasiado profundo,
desde una llanura que no sea demasiado dilatada,
desde una montaña que no sea demasiado alta.
Y esto —me dice sonriente, y con la voz
(eso sí) enronquecida por los excesos de mi sombra.

CAMPO SEMBRADO

Es la alegría lo que zumba en el viento
entre los naranjales.
Aquí no ha muerto nadie. No hay nadie
a punto de morir. Las raíces
no chupan fuegos fatuos. No hay huellas
de catástrofes ni de erosiones.
Aquí nada se topa con el siglo.
El tensiómetro no husmea aquí la fiebre
de los hombres sino las humedades
que atraviesan las capas de la tierra,
la aguas repentinas y alimenticias.



FILOSOFIA
Y LETRAS

LA ALEGRÍA ABRE TAMBIÉN LOS OJOS
EN LA NEGRURA

La alegría abre también los ojos en la negrura
y despliega su mapa deslumbrante
Donde está tu camino
Y se planta a tu lado
Y te arranca los ojos de suicida
Es como un ramalazo que cae sobre tus hombros
Y al volver la cabeza para mirar
descubres que aún es posible el día
La gran transformadora de los labios gruñones
Y del hollín desesperado de los enclenques
Que siempre tiene los mismos ojos
Y la misma cara
Y te busca en el fondo del espejo
Y sólo espera que le tiendas la mano.

WELLINGTON CONTEMPLA EN SU JARDÍN
UN RETRATO DE BYRON

De niño fue —aunque cojo—
saludable y alegre.
Se asegura que nada hubiera podido compararse
a su salud o a su alegría.
Luego empezó a viajar de un sitio a otro,
la línea de su vida se oscureció
de pronto y se curvó.
El amor ostentoso de sus ojos
fue un arma,
una ganzúa para abrir las puertas de palacios y
aldeas
y alcobas infranqueables.
El espejo ovalado del cuarto
deformaba ante muchos su rostro
verdadero:
huraño, zafio, cruel.
Debió ser como un nudo
en la madera de mis contemporáneos,
un pedazo discontinuo y grosero
y sin embargo hecho del mismo material.

HEINRICH HEINE

En una de estas tardes
me pondré guantes blancos,
frac negro,
sombrero;
iré a la calle Behren,
cuando nadie se encuentre en el café,
y no se haya formado la tertulia
y nadie me pueda reconocer
excepto Heinrich Heine,
pues debo hablar con él,
que sabe cuánto oculta la gloria y la ponzoña,
el exilio y el reino
(y que lo sabe bien).
Escéptico, burlón, sentimental creyente...
(Así lo describió Gautier)
Pero ¿de quién hablaba?
¿De nosotros o de él?
Porque ¿quién no ha opinado
contra sus sentimientos?
¿Contra quién no ha graznado

un cuervo de hiel?
En una de estas tardes...
Enfundaré los ojos de Teresa,
se los pondré delante a Heine
de modo que comprenda que también
supe de ellos y los desenterré.
Le diré que es mi modo de ser contemporáneo.
Haremos una larga reverencia
(son ojos de otro siglo,
descubiertos por mí...)

Esta tarde tal vez...
Cuando el brumoso mirlo
salte de rama en rama
y sólo Heine se encuentre en el Café,
y nadie pueda nunca saber
que anduve entre walkirias, nornas,
parcas del norte,
que yo también he sido un desenterrador.

LOS ÚLTIMOS RECUERDOS
DE SIR WALTER RALEIGH
EN LA TORRE DE LONDRES

Hasta ayer se movía
Vibraba al centro de la vida
Como la sangre agotaba los límites de su cuerpo
Cada paso restauraba otro paso
Cada hazaña otra hazaña
Cada palabra hacía trizas la anterior
Árbol o luz o calle o mar o cielo
Afirmaban la intemperie donde se diluía
Pero hasta ayer
A ciegas

Sin saberlo.

Ahora se agrietan para él las dimensiones
El pecho se le comba en la cabeza
Los ojos en los pies como una idea fija
Y el mundo es bello más allá de esta torre,
Más allá de los sótanos,
De las celdas,
De estas cámaras de torturas
El mundo más hermoso que una puerta de escape
Los aires libres como el aire libre

Los mendigos y reyes ayunando a la fuerza
Bajo los puentes
Entorchados como porteros
Ciñéndose los harapos multicolores
Fornicando con bestias o masturbándose
Pero en la libertad

Puedo ver El Dorado

aún puedo verlo

*aunque me falta —¿habrá algo siempre imprescindible?—
el ancho cielo de la Cruz del Sur*

*abierto ante mis ojos igual que este ancho cielo
que se enreda en el tufo de los remolcadores
—sobre todo de noche—*

y lo atormentador:

los espacios enormes

*los campos la intemperie de América
donde podía ver hasta los átomos del viento.*

Un rápido escenario:

El Orinoco bronco y desatado

Y árboles que se hunden en sus aguas

Y en todas partes pájaros.

Un proyecto

Mejor tal vez un sueño que tomara formas de
pesadilla

En fin:

Sir Walter Raleigh mira desde la celda

El vuelo azul sin viento

Y la humedad sin lluvia
 Y en la espesura de cal desportillada
 La ceniza de hierro
 Del chillido metálico
 Del pájaro atrapado embadurnado en brea
 Que se orea a la orilla de los remolcadores.
*Y no me engaño, incrédulos:
 Sé bien que mis auspicios, que os parecen ahora
 inexplicables,
 con el tiempo se harán aún más inexplicables.
 Pero hubo aquel sitio, existió aquella fuente;
 yo la entreví en la juventud, que es igual al delirio:
 mezcla de obstinación y de esperanza.
 Tal vez sude sangre esta torre.
 La gente se oculta o alivia con metáforas.
 Para mí son simplemente piedras bajo la lluvia.
 Sólo las cosas brillan por sí mismas,
 los hombres necesitan su bufón y su espejo.*

VIEJOS ÓLEOS ROMANOS

Los mendigos renuentes que conocieron su soberbia
 y sucumbieron a su apostasía
 apenas muestran el perfil diluido
 en el color de bronce antiguo del lienzo
 con un tinte más vivo que la luz de este cielo
 que raya con la divinidad caduca de goznes y de
 puertas
 destruidos igual que la ciudad.
 Aquí pastaron los gordos dragones de la soberbia,
 y los vinos chorrearón como aguaceros
 encima de su cuerpo entonces vivo y ágil.
 ¿Quién se rindió a este brazo de guerrero?
 ¿Dónde quedó finalmente su herencia?
 ¿En qué vientre dejó su único empuje de ternura,
 su única sed dichosa y obediente?
 Mujeres en los acantilados, en medio de la espuma,
 graves reinas lechosas en el atardecer de oro,
 hoy muertas.
 ¿Y una de ellas amamantó su estirpe?
 Se ven, se oyen crujir las ramas del olivo

por encima del acueducto abandonado
que extiende su terca lealtad, casi calcárea,
al extremo de un campo de cornejas.
Sus casas linajudas fueron pasto de llamas,
y su casco y su lanza herrumbe atravesada
servilmente por aguas.
PAX a los Senadores de la huesa bermeja de los
siglos,
dioses del moho, resuelta en medallitas, en *souvenirs*,
en batientes desnudas, soldadas al sol como la
sangre
de sus desolladuras, cuando, seguramente,
en tardes como ésta, bajaba del carruaje
y estaban las altas y lujosas naves
ancladas tanto en el puerto como en su pasión.
Sus trompetas debieron resonar como los grajos de
este óleo,
aunque más inminentes y temibles, mucho más
agoreras.

NATURALEZA MUERTA

La cabeza
La flor entre las alambradas
La torre de mando
El tirador
El par de perros ágiles
halando hacia adelante igual que el porvenir

El poeta
A la puerta de la carnicería
Descifrando boquiabierto señales
El hermoso arabesco de los anuncios de neón
Los perros aúllan
por encima de los techos de los bares
En el árbol anidan pájaros superfluos
Pronto sonarán los disparos
El chapuzón de un cuerpo
La única música posible

PICO DE LA MIRANDOLA

(1463-1494)

(*De omni re scibili*)

Cuando ya estaba a punto
de agotar el límite de sus perfecciones;
hasta sus enemigos exaltaban sus últimas ideas
perfectamente acordes con sus dones proféticos.
Cuando —para expresarlo a su manera—
como un buen caballero medieval
leía las respuestas del firmamento
con una precisión más rigurosa y vasta
que todas las guerras.
Cuando ya no nombraba como al comienzo
por el mero placer de concretar el aire,
sino para extraer la corrupción
del peso de cada cosa, de modo que *flor* decía
y anulaba de inmediato los tormentos
de cualquier época o *coito* y desacreditaba
un mercado —el más firme— y al borde de la crisis
mantenía las arcas reales: esas rameras.
Cuando hubiese podido socavar un Imperio
con la fuerza del más simple consejo:
“Sultán, no agotes mi paciencia...”

(Habla con su perro, vestido pulcramente
de caza)

Cuando sólo esperaba el cotejo

(*De omni re scibili...*)

de sus poderes,

y ocurrió a medianoche;

se olvidó de la página aquella de su manual:

el epitafio ambiguo

del hombre que ha previsto la hoguera, la ovación,
el suicidio.

EN LA MARGEN IZQUIERDA DEL ALMENDARES

(A la memoria de Carlos Pío
Uhrbach y Juana Borrero)

Hablar únicamente del nombre de una flor
o de la intervención sencilla
de la tierra y del agua y del sol en sus formas,
pero mucho después de haber andado
por la margen izquierda del río Almendares,
después de haber entrado por la gran puerta
de la casa de Puentes Grandes,
ella radiante y fatigada y él con los ojos vueltos
hacia las blancas sábanas,
hacia el hueco en penumbras
donde caen los fruncidos de las telas,
donde ella se desnuda,
pues lo desnudo es siempre lo que canta,
porque la desnudez es el comienzo de la lluvia
y la lluvia es el único centro
brumoso y tumultuoso de estos amantes.

Oh proyecto insalvable y demasiado lógico
de empezar a gritar que él está enamorado,

sin que su boca joven contradiga a la Historia
ni al hechizo de este cuerpo desnudo
que invade cada noche lo sobrenatural.

TÉCNICAS DE ACOSO

Pueden fotografiarlas
junto a un rosal
en un jardín etrusco
frente a la columnata del Partenón
con sombreros enormes
entre cactus en México
llevando los colores de moda
el pelo corto o largo
y boinas de través como conspiradores:
no cambiarán
no dejarán de ser las mismas
la barbilla en acecho
el rostro de óvalo
y los ojos cargados de un persistente desamparo
¿pero qué pensamientos
se agitan debajo de las melenas crespas
o lacias
de estas muchachas que ilustran
las revistas de moda?
Casi todas son pálidas

y están como cansadas
Las líneas de sus manos son estrictas y melancólicas
Mudan cada seis meses
de vestidos zapatos peinados y sombreros
y yo siempre descubro
un rizo fantasmal
bajo la onda bermeja
No importa qué se cubran con pieles de visón
o lleven botas de vinil
faldas de cuero
o usen nuevas pelucas:
siempre las reconozco
bajo cualquier disfraz
lo mismo que a un espía
Además
me persiguen en trenes o en aviones
sobre todo de noche
se benefician con la oscuridad
andan de tres en tres
a mi espalda

a mi lado

frente a mí

Dos trepan a los árboles
con la cámara en mano
otra resbala debajo de un avión
con el ojo torcido de las agonizantes
y observan y miden mis reacciones
para indagar si tiemblo o lloro ante la muerte

Que sufra
tenga hambre o las desee
no les importa

Su tarea
no es hacer el amor sino ilustrarlo

CON SÓLO ABRIR LOS OJOS

Este jardín,
plantado a unos metros del río,
le dio cobija, bajo el viento de lluvia,
a esta lechuza enferma,
alastrada en el fango como un saboteador.
Y ese gajo de Aroma, con la flor amarilla
y la espina oculta, le desgarró la ubre
a la vaca vieja,
y la palma, partida por el rayo,
negrea río abajo en la corriente.
Así teje la vida sus coronas de laurel y hojalata,
arqueada como una costurera sobre la realidad,
uniendo sus retazos oscuros y brillantes.
De esta manera —no de otra—
se hacen las catedrales y las bodas:
con sangre de tísicos y con sangre de desposadas.
Con sólo abrir los ojos
descubres que existe una belleza abominable
hasta en el paisaje.

ESO QUE VA FLOTANDO SOBRE LAS AGUAS

Eso que va flotando sobre las aguas
—el residuo aceitoso de la brea lo rebasa o lo
ignora—
¿será un pecho de ahogado?
Bajo la pendular fulguración del sol
es un bulto que quiere levantarse,
que se hunde
y resurge.

El oleaje malogra cada inminente aparición.
La astilla de aguas negras de las proas
de los botes
que pasan
lo sumergen de nuevo, lo empujan como un pájaro
muerto.
¿Será un pájaro muerto, un casco corroído por
la sal,
un brillo fatuo y falso?
¿Será así de instantánea, de imprecisa, de rara
la burbuja tenaz de la poesía,

cuando uno fuma junto al mar, y está como alelado,
y no tiene que hacer nada en el puerto
excepto husmear a los que pasan? No sé.
Deberían tenerse ojos constantemente alertas,
ojos de lince, unos ojos
tal vez providenciales;
pero esto es imposible.

LA APARICIÓN DE GÓNGORA

Esta noche
 mientras lo leo bajo la lámpara
Góngora es un dragón
Puede ocurrir que *barto de fatigar sus esperanzas*
 por la corte
de no salir sino al atardecer
para *disimular la bayesta caduca de su coche*
 y el tafetán delgado de su traje
Don Luis de Góngora
 hubiera decidido convertirse en dragón
Apareció de pronto
 y se plantó a mi lado
a unos pasos de mí
 guardando como un sabio las distancias
Ahora sólo puedo observar
 su barba de perfil de converso
La lámpara apenas lo ilumina
Quizás no lo describa a él sino a su vieja sombra
 ducha en *licantropías*
¿Es un dragón realmente? ¿Un signo natural?

¿Polvo de fuego
 que la lámpara ensucia en la penumbra?
¿Es él esta serpiente taciturna
 que mueve un pie y un ala
y piensa cuando pienso
y si temo que avance es cuando avanza
 y de pensar tan sólo *es él ya es él?*
¿Y ese paracaídas
 de su abdomen
esa piel esparcida de lagarto
 acostumbrado al árbol?
Manchas opacas
 en las niñas de sus ojos de buey
me observan
y yo observo su facha de cometa
 su perfil de milocha
insinuada en el borde de la luz.
El resplandor lo alarga y lo colora
y él hace la cabriola
 del pez de lomo enorme y rojizo
que agita su capa azul y amarillenta
 en las inundaciones.

Viejo o dragón
Yo no poseo ensalmos
 con que saciar tus largas hambres
 de solitario.
Yo no soy de la raza de los que te denigran

Yo no tengo parientes en Córdoba o Madrid
Mis poemas ni siquiera están juntos
A veces los restriego para que centelleen
pero siguen trabados en tu lengua
siempre cubiertos por tu polvareda

En este poema, los versos subrayados pertenecen a Luis Cernuda.

SÍNTESIS

Todos los días le daba de comer al gorrión.
Sabía que era el mismo
por la gota de sangre que el roce de una rama
dejó en su ala.
Le ahorraba la fatiga del trabajo,
Lo hartaba con las migas de pan,
le quería calmar la herida y el dolor.
Y hoy lo he visto lanzarse contra una mariposa.
Abrió, engrifó el plumaje
—las patas triturando un gran viento de colores
y alas—,
Y me miró un segundo antes de huir
y el polvo ceniciento le cubría aún el pico
más bien curvado como una uña de Hegel.

EL MONÓLOGO DE QUEVEDO

Todas las calles
Se han llenado de gentes que sufren mi dolor
O gozan mi alegría
Agonizantes a causa de que respiro
Enanos porque crezco
Otros entran de golpe en mi arsenal
Donde acumulo lo inverosímil
Lo que tal vez sea yo el único en guardar.
La vida me roba a manos llenas
Las ventanas me imitan
Los gatos plagian mi ardiente
 Enemistad
Y la tarde en que el desesperado suspira
 A toda vela
Vibra en mi cuarto y hasta (en mi ortografía.
Ese árbol
Que veo entrar por la ventana
Imita por ejemplo mi cuerpo y mi resuello
Ya estuvo antes aquí
Eché raíces junto a él

Y ahora se agita en mi delirio
¿O es mi delirio y no se agita?
¿O sopla estas palabras
O son ellas las que me soplan?
¿O es Homero el que las escribe
El que siempre escribe
Y este cuarto es de Atenas
y yo sufro tan sólo porque nadie lo cree?

ANDANDO

En el atardecer el mundo huele a yodo.
El monte cruje como la arboladura de un velero;
pero tú, sin siquiera indagarlo,
en medio de los troncos, ya sabes que a esta hora
el mar entra en su nido de paja brusca y vieja.

Qué bueno que tengas tanto mar en las entrañas,
y tanta luz y tanto azul en la visera
de tu gorra gastada,
Y que puedas andar por estos campos
hundido en el oleaje susurrante de hojas.
Granizos y pedruscos han caído en tus años
desparramándolos como aguaceros,
y amas este campo, estas piedras y breñas,
la yagruma, la guásima, la jutía, el totí;
amas en esta tierra todo lo que conoces y lo que
desconoces,
amas hasta la espina que te araña,
pero quieres que esa palma quebrada de la loma
te ame,

porque ni los rayos ni los ciclones han podido
tumbarla,
porque el duro verano la oprime
hasta el anochecer contra sus llamas,
pero las pencas verdes se escabullen del fuego,
altas,
al viento,
y el tronco, aún calcinado, las nutre y las
sostiene.

LA VOZ

No es la guitarra lo que alegra
o ahuyenta el miedo en la medianoche
No es su bordón redondo y manso
como el ojo de un buey
No es la mano que roza o se aferra a las cuerdas
buscando los sonidos
sino la voz humana cuando canta
y propaga los ensueños del hombre.

EL REGALO

He comprado estas fresas para ti.
Pensé traerte flores,
pero vi a una muchacha que mordía
fresas en plena calle,
y el jugo espeso y dulce
corría por sus labios de tal modo
que sentí que su ardor y avidez
eran como los tuyos,
imagen misma del amor.

Hemos vivido años
luchando con vientos acres,
como sopladados de las ruinas;
mas siempre hubo una fruta,
la más sencilla,
y hubo siempre una flor.
De modo que aunque no sean
lo más importante del universo,
yo sé que aumentarán el tamaño de tu alegría
lo mismo que la fiesta de esa nieve que cae.

Nuestro hijo la disuelve sonriente entre los dedos
 como debe hacer Dios con nuestras vidas.
 Nos hemos puesto abrigos y botas,
 y nuestras pieles rojas y ateridas
 son otra imagen de la Resurrección.
 Criaturas de las diásporas de nuestro tiempo,
 ¡oh Dios, danos la fuerza para proseguir!

ÍNDICE

Lo mejor es cantar desde ahora	7
Canción del juglar	9
A Pablo Armando Fernández	11
Autorretrato del otro	13
La bella durmiente	16
A Octavio Paz	18
Lamentación	20
Nota	21
La promesa	22
Entre marzo y abril está mi mes más cruel	24
Via Condotti	29
En verano	30
El hombre junto al mar	31
Pero el amor	32
El que regresa a las regiones claras	33
Canción de aniversario	35
Su sitio	36
La vida contigo	37
Día tras día	38
A Belkis, cuando pinta	39
Madrigal	41
Amándonos	42
Que siempre exista tu cabeza	43
Un puente, una casa de piedra	44
Paisaje con un hombre y un perro	46
Herencias	48
Casas	50
El hallazgo	52
Álbum para ser destruido por los indiferentes	53
Homenaje	57

Un restaurante al aire libre en el otoño de Budapest	59
Última primavera en Moscú	61
Por la borda	63
Canción del navegante	65
Flotan las boyas	66
Canción del hijo pródigo	67
El pájaro de fuego	68
La rosa, sus espectros	70
Pausa	71
Don Gustavo	73
En los poemas	74
A una piedad	75
Luis Cernuda	76
La fórmula	78
Campo sembrado	79
La alegría abre también los ojos en la negrura	80
Wellington contempla en su jardín un retrato de Byron	81
Heinrich Heine	82
Los últimos recuerdos de Sir Walter Raleigh en la Torre de Londres	84
Viejos óleos romanos	87
Naturaleza muerta	89
Pico de la Mirandola	90
En la margen izquierda del Almendares	92
Técnicas de acoso	94
Con sólo abrir los ojos	97
Eso que va flotando sobre las aguas	98
La aparición de Góngora	100
Síntesis	103
El monólogo de Quevedo	104
Andando	106
La voz	108
El regalo	109

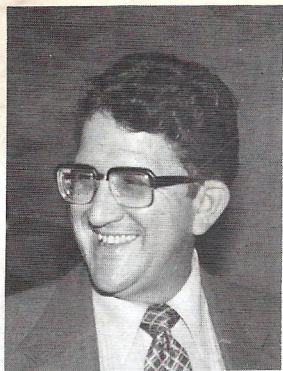
Impreso en el mes de febrero de 1981
en I. G. Seix y Barral Hnos., S. A.
Carretera de Cornellà, 134-138
Esplugues de Llobregat
(Barcelona)



122500

suscrita por el jurado. Al año del incidente, Padilla fue llamado a trabajar en la Universidad de La Habana hasta 1971, año en que en un recital de poesía llevado a cabo en los salones de la propia Unión de Escritores, dio lectura a su último libro, *Provocaciones*, lo cual produjo su detención el 20 de marzo de 1971, conjuntamente con su esposa, la poetisa y escritora Belkis Cuza Malé. Ambos fueron acusados por el Departamento de Seguridad del Estado de "actividades subversivas" contra el gobierno revolucionario de Cuba. Merced a la reacción internacional que provocó el encarcelamiento, sobre todo en los grupos de intelectuales de todo el mundo, entre los cuales se contaban Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, Alberto Moravia, Susan Sontag, Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, Octavio Paz, Hans Magnus Enzensberger, Juan Goytisolo, etc..., Padilla y su esposa fueron liberados. Después de su liberación, Padilla fue separado de la Universidad de La Habana y de la Unión de Escritores y enviado como traductor a la Editorial Arte y Literatura. Con motivo del discurso de Fidel Castro anunciando su disposición de dejar en libertad a los presos y ex-presos políticos, Padilla se dirigió oficialmente al Jefe del Gobierno de Cuba solicitando su autorización para salir del país, pero le fue negada. Entre las numerosas gestiones de dignatarios y personalidades internacionales para lograr su salida, se destacó la del editor de la revista *The New York Review of Books*, Robert B. Silvers, la del presidente del PEN American Center, el novelista Bernard Malamud, así como la del político e historiador Arthur Schlesinger, Jr., quienes solicitaron la colaboración del senador Edward Kennedy. El pasado 13 de marzo de 1980, Kennedy fue informado por el gobierno de Cuba que Padilla podría salir del país hacia Estados Unidos el día 16 de marzo, vía Montreal.

A su llegada a Nueva York, Heberto Padilla fue invitado por The Institute for Humanities y por el Woodrow Wilson International Center for Scholars, de Washington, donde se encuentra escribiendo su novela *En mi jardín pastan los héroes*. Los libros de poemas de Padilla han sido traducidos a más de catorce idiomas.



Tras diez años de forzoso silencio, **El hombre junto al mar** devuelve a su público lector la poesía de Heberto Padilla. Así, ante todo, debe leerse esta voz, tanto tiempo oculta: como el regreso de un poeta. Si en algunas piezas puede aparecer el eco, amortiguado u ominoso, de la dramática experiencia personal de su autor, no por ello **El hombre junto al mar** es ni un acta de acusación ni un documento político, sino un hermoso y maduro libro de poesía, que invoca el mar, el trópico, las sombras de Góngora y Quevedo, la revolución nicaragüense, la luz del recuerdo de los días de infancia o el otoño en Budapest, los maestros contemporáneos (Cernuda, Octavio Paz), o el vivir emblemático de Wellington y Byron y Heine y sir Walter Raleigh. Historia y cotidianidad confluyen, en la incandescencia de una palabra poética inflamada y poderosa, sobre el telón de fondo de un amargo momento histórico que no destierra la fe en el hombre y en el poder liberador del arte.

